

del prado en el barranco del manantial; podíamos también hacer una senda á través del prado, é ir por agua para nosotros y para los animales á la fuente de la gruta; pero nos estaba prohibido enturbiar el agua de la pila lavando en ella los vellones: la hermosa arca de agua clara en que Fior d'Aliza se complacía tanto en mirarse á través de las ramas de sauce, no debía reflejar ya sino las estrellas del cielo. Ella era, no obstante, nuestra estrella, y el manantial pareció oscurecerse desde que la niña no se miraba ya en él al lado de su primo.

XXXIX

He aquí, señor, como se hizo todo por la voluntad de los jueces de Luca. Aquellos hombres se fueron alegremente por la tarde, luego que acabaron su operación, y nosotros nos quedamos, sin hablar palabra hasta ya bien entrada la noche, en el umbral de nuestra puerta. Cada cual decía para sí: « Y ahora, ¿qué haremos? » Fior d'Aliza pensaba en su prado todo esmaltado de estrellitas, de campanillas y de toda especie de flores silvestres con las que no haría ya coronas para la Madona, ni las traería tampoco en brazos

embalsamados al establo del ganado; Jerónimo, en sus hermosas mazorcas de maíz barbudas y doradas que iban á ser cogidas por otros y para otros; Magdalena, en sus gusanos de seda, que iban á morir por falta de hojas de morera y cuyos capullos blancos y amarillos no hilaría ya en su rueca en las noches de invierno para llenar de sal el arca de nogal.

Yo pensaba en los sacos de castañas que los colectores de la llanura vendrían á llenar en mi presencia en el mes de setiembre y se llevarían á Luca, sin cuidarse de si nos darían bastantes para vivir las cinco ramas que nos habían dejado.

Pensaba también en esa pobre viña vieja que con tanto trabajo cultivaron nuestros padres y nuestras madres, en esas cepas que reconocidas como si tuvieran corazones humanos, trepaban de tan lejos para abrazar la puerta, la ventana y el techo con sus pámpanos cargados de racimos. ¡ Pobres cepas, cuyas raíces no eran ya nuestras y todavía sus hojas, su sombra y sus racimos nos prestaban servicio desde allá abajo!

En cuanto á las siete higueras, nos quedaban todas siete como árboles domésticos: no habían podido despojarnos de ellas porque sus raíces estaban debajo las paredes de la casa: daban una buena cosecha, que no era de despreciar en

los años en que la flor de los castaños quedase helada bajo la escarcha : los higos, secados sobre el techo en las estaciones calorosas, podían llenar bien apretados cuatro sacos, y era casi lo bastante para no morirnos de hambre, haciéndolos henchir y cocer en la leche de las cabras.

Acostámonos sin hablarnos por temor de que el sonido de la voz del uno hiciese llorar al otro, pero no dormimos, por más que todos aparentásemos hacerlo. Durante toda la noche los oía moverse á cada cual en su lecho y suspirar lo más quedo que podían para ocultar su insomnio á la familia ; ni aun el perro durmió, y no cesó de gruñir ó de ahullar hacia la parte de Luca, como si hubiera comprendido que los hombres que habían bajado por el sendero no eran amigos nuestros. ¡Ay, señor! los animales saben en esto mucho más que nosotros. Luego se convencerá usted.

XL

Tan pronto amaneció salimos todos juntos con el ganado y el perro : á los primeros rayos del sol de verano que doraba las montañas, cuyas largas sombras parecían barrer y secar el rocío,

fuimos á ver el daño que el día anterior nos habían causado.

¡Ay... cuánto nos habían tomado, y qué poco nos quedaba! Como Jephthé, en la *Biblia*, que dicen fué á lamentarse ella misma sobre las colinas, no pudimos menos de llorar todos : Fior d'Aliza sobre su hermosa pradera verde y sobre las floridas orillas del arca inmediata á la gruta, cuya caída del agua, á la vez alegre y triste, tanto le gustaba ; Jerónimo, sobre sus plantas casi maduras de maíz, cuyas más hermosas mazorcaas besaba diciéndoles adiós con su pensamiento ; Magdalena bajo el plantío de moreras, cuyas hojas no llevaría ya en su delantal á los animalillos hiladores como ella ; yo, bajo el castaño que nos habían dividido en cuatro sobre el papel, y del que no tendríamos ya sombra sino por un lado, ni más que lo que el otoño dejase caer por caridad en nuestro prado, y del que ni siquiera tendría en plena propiedad una rama para hacerme un álaud.

XLI

El ganado no comprendía por qué le reteníamos á nuestro lado cogido por la lana ó por los

cuernos, ni por qué le impedíamos ir á pacer, como de costumbre, en el prado, en el bosque, en la hierba, bajo las moreras ó en los cespadosos caminos de la viña.

Después de haber contemplado, suspirado y sollozado amargamente ante cada uno de aquellos pedazos de nuestra hacienda, que eran también pedazos de nuestra pobre vida, pasamos silenciosos al pequeño espacio, casi inculto, que nos estaba reservado, y atamos el ganado en el patio, cubierto de hierba, á la puerta del establo. Fior d'Aliza fué á coger hierba á las sendas que no pertenecen á nadie, y Jerónimo á traer ramas y follaje de los retoños de castaños en las altas montañas del conyento, abandonados á los gamos y corzos.

Los dos muchachos volvieron muy pronto cargados con más hierba y hojas de lo que necesitaban las cinco ovejas y las tres cabras, pero á los pobres animales les faltaba la libertad, y no hacían sino mirarnos como preguntándonos con los ojos por qué no los dejábamos pastar y saltar a su gusto en el barranco y sobre la roca. Fué preciso hasta ir á traerles agua para beber como para las personas; Fior d'Aliza y Jerónimo principiaron á trazar, subiendo y bajando, la estrecha senda hacia el manantial, cuyos prados,

gruta y fuente les pertenecían por completo la víspera.

XLII

Así quedó reducido de pronto el horizonte de nuestra vida ¡ como se puede reducir un pañuelo doblándolo! Mucho trabajo nos costó acostumbrarnos en los primeros tiempos; y á nuestros pobres animales mucho más todavía: éstos se escapaban con frecuencia del establo, del corral, y hasta de las manos mismas de Fior d'Aliza, para correr al barranco, al bosque de las moreras y aun al viñedo.

Cuando el *fattore* (el capataz de los trabajadores del capitán de los esbirros) subía á la montaña, siempre encontraba algunos pámpanos rastroeros ramoneados por las cabras, algunos granos de maíz caídos por el campo ó algunas ramas pendientes de las moreras ramoneadas por los cabritos.

Injuriábanos en ocasiones y nos amenazaba empre con matar á los animales si llegaba á orprenderlos fuera de nuestros linderos. ¿Qué odiamos hacer? Pedirle que nos perdonase y ofrecer reparar el daño á nuestra costa. Tenía-

DE NUEVO LEON
UNIVERSITARIA
"EL REYES"
1888 1628 MONTERREY, MEXICO

mos muy recomendado á Fior d'Aliza que estuviere siempre junto á su granado y no apartase su vista de los animales ; pero como ella había encontrado dos ó tres veces al capitán de los esbirros que trataba de acercársele, y había querido besar sus cabellos, preguntándole si querría ser su mujer cuando cumpliese los diez y seis años ; y como á pesar de las palabras dulces de aquel hombre le tenía miedo y repugnancia á causa de Jerónimo y de nosotros, de quienes no quería separarse jamás ni de vista ni de corazón, la muchacha no le gustaba permanecer lejos de Jerónimo ni de nosotros : esto hacía que los animales estuviesen peor guardados.

Por lo que hace á Jerónimo, en cuanto se le hablaba del capitán de los esbirros, palidecía de cólera, y su voz, al pronunciar su nombre, producía un efecto semejante al del agua que hierve en la olla de hierro en nuestro hogar. Sin embargo, no le deseaba nada malo, era demasiado bueno para abrigar sentimientos de venganza ; pero veía, sin que nada se hablase entre nosotros sobre el particular, que este hombre poderoso trataba de privarnos, por medio de caricias, de astucia ó de violencia, de algo más que de la pradera, la viña, las moreras ó nuestra parte del castaño : quizás esto fué lo que le hizo compren-

der que sentía algo más que amistad hacia su prima, y acaso también el miedo que le inspiraba el esbirro fué lo que dió á conocer á Fior d'Aliza que Jerónimo era más que un hermano para ella.

Qué quiere usted, señor : el pesar anticipó la madurez del corazón de los dos jóvenes : cuando el gusano roe el fruto y el viento agita la rama, el fruto agusanado cae por sí solo ; no sabían lo que era amarse, pero el temor de perderse hacía que no pudieran separarse, como dos tiernos corderillos nacidos de la misma madre y amamantados á un mismo tiempo de la misma ubre.

En esto consistió su desgracia : los muchachos se amaban demasiado para que ella pudiera convertirse en una gran señora de Luca, y para que él lograra más fortuna que la que pudiese alcanzar en el corazón de una hija de los castaños.

XLIII

— ¡Nuestra desgracia! exclamó la bella *sposa* aproximándose de un salto á la cuna de su hijo, elevándolo con los hermosos brazos desnudos hasta la altura de su cabeza y uniendo su rostro

encantador á la risueña boca del niño: ¡nuestra desgracia! ¡Ah, si Jerónimo os hubiera escuchado, padre mío!... é hizo una deliciosa contracción con sus labios.

Volvió luego á sentarse y continuó meciendo con el pie la cuna del pequeñuelo, quedando pensativa y ruborizada por haber dejado escapar aquel grito de dos amores en una sola voz.

XLIV

— Pues bien, va usted á ver lo que estos pobres inocentes y nosotros tuvimos que sufrir, prosiguió diciendo el ciego.

El otoño se acercaba, los racimos del emparado delante de la puerta y los de los pámpanos que enlazaban la casa, como la red del pescador enlaza el agua con sus mallas, comenzaban á madurar y á endulzar los dedos de Fior d'Aliza, que al pasar por debajo de la parra picaba aquí y allá donde mejor le parecía. Nos prometíamos una buena vendimia para fines de otoño, uvas que secar sobre la paja, y un jarro por lo menos de vino dulce en la despensa para las fiestas de Navidad y de Año Nuevo.

De pronto percibió Jerónimo que las hojas de

la viña se volvían amarillentas y rojas como las mejillas de un enfermo, antes que los racimos madurasen, que las ramas se separaban de las paredes soltándose los zarcillos, y que hasta los racimos se arrugaban antes de madurar, y no tomaban ni jugo ni color de los flojos sarmientos.

— ¡Oh cielo! exclamó: la viña se ha enfermado, los mismos gorriones no pican ya las uvas, tan agrias están; una *luna* la ha hecho daño.

— Vamos á ver, dijeron á un mismo tiempo los muchachos, si las demás viñas han sufrido el mismo daño en el campo.

Corrieron á informarse y volvieron llorosos como el Adán y Eva que están pintados allá arriba en el convento de los camaldulenses, cuando por la primera vez vieron morir, ¿á quién? ¿á un hombre? ¿á un animal? ¿á un insecto? no: ¡á una hoja!... Daba lástima verlos mi buen señor.

La viña, nuestra viña, no estaba enferma, sino muerta, muerta para siempre; muerta como si nunca hubiera vivido. Aquellas hermosas y anchas hojas que nos pertenecían porque sus pámpanos habían venido desde muy lejos buscándonos, á enlazarse con las tejas de nuestra casa, con los pilares de piedra delante de la puerta y

que hasta se habían encaramado á la claraboya del cuarto alto de Fior d'Aliza y penetrado en su habitación por las rendijas de las maderas; aquellos hermosos sarmientos ondulantes que durante el verano nos daban sombra, buen humor en el otoño, alegría á la mesa durante el invierno, nos acariciaban por última vez como un perro que muere besando los pies de su amo: muerta, señor, no para todo el mundo, pero sí para nosotros.

Una noche, sin que pudiéramos sospecharlo, el *fattore* del esbirro propietario, pretendiendo que la savia, al elevarse hasta nuestra cabaña, empobrecía á la viña madre y esterilizaba las cepas de abajo, cortó con su hoz los gruesos sarmientos que nutrían á nuestros pámpanos pegados á la pared, de suerte que la viña continuaba viva allá abajo, pero en adelante no existirían para nosotros sus retoños...

XLV

Jamás podré explicar á usted el disgusto que nos causó los lamentos de aquellos dos niños que lloraban la pérdida de aquellas hojas que habían asombrado su cuna, de aquellos racimos que

apagaban su sed, de aquella cubierta viva y agradable de su pobre techo, por la cual los lagartos corrían deslizándose entre las hojas y en la que los mirlos picoteaban las uvas, lanzando gritos extraños como si se embriagaran con el jugo; y las abejas que zumbaban en torno de los racimos, más dulces que la miel de su colmena, y el sol poniente y la luna rielando sobre las aguas, cuando los pámpanos, á través de los cuales penetraban también sus reflejos, temblaban asimismo al suave impulso del viento de la noche; en fin, lloraban la pérdida de todo aquello que parecía estar emparentado con nosotros, que representaba á nuestros ojos recuerdos de amistad y de placer.

— ¡Oh! ¡qué ruines! exclamamos todos sollozando al mirar como se morían poco á poco nuestras queridos sarmientos.

Pero ¿qué podíamos decir y qué podíamos hacer? Nuestras lágrimas no habían de hacer retoñar las cepas. La viña estaba muerta y nosotros angustiados, esto era todo lo que sabíamos, á esto se reducía todo el consuelo que podíamos prestarnos. Entreguemos los últimos racimos á los pájaros, las últimas hojas á las cabras, los últimos sarmientos á nuestra chimenea: de esta manera nos será útil aún y bendeciremos la viña

hasta el último momento. Pero ¿y después? Después nuestras paredes no tendrán nada con que librarse de los rayos del sol, de las inclemencias de la lluvia; no habrá sombra bajo la puerta, los pájaros y los lagartos irán á buscar en otra parte lo que les falta aquí. El padre Hilario no volverá á sentarse, no enjugará el sudor de su frente bajo el emparrado colgando antes sus alforjas del retorcido sarmiento.

El papel es el papel y sólo constaba en él, según nos dijeron, que la viña pertenecía al esbirro y el emparrado á nosotros, pero no añadía que el esbirro no tenía derecho para cortar los vástagos.

Un temblor frío se apoderó de nosotros al oír estas palabras, y todos á un mismo tiempo pensamos en el castaño, lo único que nos quedaba ya en la tierra.

¡Dios mío! exclamamos, el papel dice que las castañas que caigan al suelo nos pertenecen, pero no dice que el dueño del tronco no tiene el derecho de cortarlo. ¡Ah! desgraciados de nosotros si tal cosa llegase á suceder.

XLVI

En esto oímos por el sendero del lado de Luca los pasos del padre Hilario: el infeliz sudaba á mares y el cansancio no le dejaba apenas respirar.

El padre Hilario era el limosnero del convento de los camaldulenses de San Stéphano: era un anciano de plateada y espesa barba; ésta y el cerquillo formado por sus finos cabellos le asemejaban á las estatuas de San Francisco de Asís que hay en el coro del convento de franciscanos de Luca. Era tan viejo, que á todos nos había visto nacer, pero se conservaba bien, y únicamente se hallaba algo encorvado, efecto del peso de las alforjas con los cántaros de aceite ú odres de vino que llevaba á menudo al convento, y de las trabajosas ascensiones que había hecho durante su vida por los senderos cortados á pico.

Nuestra cabaña se hallaba como á la mitad del camino que separaba la llanura del convento de los camaldulenses, y el padre Hilario tenía la costumbre desde hacia más de cuarenta años de detenerse un gran rato en nuestro albergue para respirar y conversar con los Zampognari. Él los

había acariciado niños, enlazado jóvenes y consolado y ayudado á morir viejos. No era pariente nuestro, ni siquiera se sabía en dónde había nacido, algunos decían que había servido en las galeras de Pisa, que había sido cautivo de corsario en Tãnger, que se había escapado con una mora convertida, en una embarcación sustraída al padre de ella : que durante la travesía se habían visto asaltados por una tempestad, perseguidos por los piratas en el Mediterráneo, y que al hallarse amenazados por el doble peligro del temporal y de la venganza de los turcos, prometieron á San Francisco si los libraba de la muerte, hacerse, á pesar de que se amaban, él ermitaño y ella monja. San Francisco se apareció entre nubes sobre el mástil de su débil barca, los piratas naufragaron, el viento se calmó y el mar quedó como un espejo. Una corriente invisible los llevó á la playa cerca del escollo la *Meloria* en la costa de Toscana. Diéronse allí por la primera y última vez de su vida un ósculo de amor : se separaron, y descalzos se encaminaron, ella á Loreto, él á San Stéphano de Luca á llamar á la puerta de los dos conventos.

XLVII

Satisfecho San Francisco de la fidelidad de ellos en el cumplimiento de sus votos, hizo que fuesen acogidos como si se les esperase, ella como hermana conversa en las carmelitas de Loreto y él como hermano mandadero en los camaldulenses de Luca : no debían volver á verse más que en el Paraiso.

Ésto es todo lo que se decía del padre Hilario en las montañas; pero él, por su parte, no decía una palabra de estos sucesos; parecía que San Francisco le había quitado el recuerdo de sus amores; no nos hablaba sino de nuestros abuelos, de los matrimonios, de los nacimientos, de las muertes que habían acaecido en la cabaña, de la abundancia ó escasez de castañas, del precio del aceite para las lámparas del santuario, y algunas veces de los alborotos que se verificaban allá abajo, en las llanuras, en Florencia ó en Sienna, en Roma ó en Luca.

« Pero esto no debe inquietarnos, decía siempre al terminar su conversaci3n, volviendo á cargar sobre sus hombros sus alforjas y llevando su rosario en la mano, la ola humana no subirá

jamás hasta la altura en donde nos hallamos: continuarán rezándose novenas ante el altar de los camaldulenses, y los *pifferari* vendrán en todo tiempo á compraros cornamusas para acompañar los cánticos que los fieles elevan á la Madona ó para alegrar las bodas. Prosigamos nuestro camino al cielo por estas montañas, y que San Francisco bendiga la cabaña y el convento. »

Luego se ponía en marcha como el Judio Errante, y nosotros nos quedábamos percibiendo el ruido de sus sandalias sobre los senderos, mucho tiempo después de que los pinos le ocultasen á nuestra vista.

XLVIII

Pero aunque no fuese pariente (por lo menos nosotros lo creíamos así) el padre Hilario nos estimaba; así es que se admiró el día en que nos encontró tan afligidos y llorosos. Tres meses hacía que no nos visitaba y no sabía nada de lo que había pasado; nada absolutamente, ni de las visitas del capitán de los esbirros, ni de la de Nicolás del Calamayo, ni la repartición de los bienes reivindicados por los herederos de los *Bardi*, ni la venta de tales derechos al esbi-

rro, ni lo de las persecuciones de este hombre poderoso para conseguir con astucia ó violencia unirse á Fior d'Aliza, que le había desgraciadamente deslumbrado, como el sol deslumbró al topo, ni de nuestros terrenos confiscados con sus ricas promesas de cosecha, dejándonos sólo la cuarta parte de las castañas, las cinco ovejas y las cabras; nada en fin, sabía, de lo que con tan refinada malicia se había hecho con nosotros cortando los sarmientos.

XLIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

— ¡Oh! exclamó el padre Hilario; mientras parece que hayan tenido valor para cortar los sarmientos que llegaban hasta vuestra cabaña; pero ya veo que es cierto, añadió contemplando las muertas ramas que no podían soportar sus marchitos racimos. ¿Es posible que la maldad de los hombres llegue á tal extremo?

¡Ah! cuán largos y dichosos momentos he pasado bajo su sombra bienhechora conversando con vuestros padres, mojando mis labios con el delicioso jugo de vuestras cepas y bendiciendo á San Francisco; en lo sucesivo no pasaré por aquí sin maldecir la perversidad de los malos...

Pero no, añadió reprimiendo su indignación, no maldigamos á nadie, ni aun á los que nos hacen daño: compadezcámoslos en vez de aborrecerlos. La piedad es la caridad de los perseguidos para con sus perseguidores, es la única venganza que complace al Altísimo. Roguémosle por ellos: ¿no es más desgraciado el verdugo que la víctima?

L

Consolónos así tomando parte en nuestro pesar y transformó nuestra cólera en misericordia hacia nuestros enemigos. Luego:

— Veamos, dijo, ese fatal papel que os ha despojado de la herencia de los Zampognari que yo he creído siempre que os pertenecía tanto como este peñasco á la montaña y el musgo al peñasco. Soy muy anciano, tengo más de noventa años y quién sabe si Dios me ha conservado la vida para que mi testimonio pueda ser provechoso á los Zampognari, víctimas de unos cuantos rasgos de pluma: dadme el papel y cuando vaya á Luca haré que lo examine el abogado Manzi, antiguo amigo mío.

Llevóse el padre Hilario el papel y no volvi-

mos á pensar en aquellas cosas sino para llorar nuestra perdida vendimia; hasta los mismos pájaros parecían identificarse con nuestro dolor. Los gorriones, los mirlos, las palomas, apenas notaron que los pámpanos se ennegrecían, que las hojas marchitas se desgajaban como después de haber sufrido una fuerte granizada, se reunían formando un remolino sobre la desierta cabaña y revoloteaban como locos, lanzando gritos desesperados, lo mismo que si la zorra hubiera entrado furtivamente en sus nidos y devorado á sus hijuelos mientras ellos se hallaban lejos.

LI

Así se hacía cada día más difícil nuestra triste vida. Pero mucho peor fué cuando maduraron las mazorcas y llegó el tiempo de coger las hojas de las moreras. Todos los días, como si hubiéramos sido ladrones, espiaban los agentes del esbirro por nuestros alrededores y hasta á los animales que nos alimentaban y vestían; nos prohibían recoger las avellanas silvestres de los bosques vecinos, porque, según decían, pertenecían á los animales que los poblaban y no á nosotros; nos impedían coger la hierba